

## CAPITULO XXVIII

DE LA RESURRECCION Á LA ASCENSION DE JESUS AL CIELO

**S**i los escribas y fariseos no desconocian que Jesus habia predicho su asesinato y su resurreccion (1), tampoco la ignoraban los Apóstoles y sus discípulos (2): tampoco podia olvidar la Virgen tan buena noticia, tan halagüeña esperanza. Entonces, ¿de qué se afligia? entonces, ¿á qué plañir tanto su triste soledad y su agonía y sus ansiedades? Y ello no tiene duda de que su dolor fué grande: lo dice la Iglesia, lo expresan las revelaciones de almas santas á quienes lo narró ella misma, lo aseguran todos los escritores místicos y piadosos, y lo preconizan los oradores sagrados.

Con la misma razon podríamos preguntar, ¿por qué se apuró tanto Jesus en el huerto al principiar su pasion dolorosa? y ello es que llegó hasta el punto de pedir á su Eterno Padre que pasara de Él aquel cáliz, y hasta el extremo de sudar sangre, padecer un deliquio en angustiosa agonía y necesitar el ser confortado por un Ángel. Además la pasion habia de durar solamente diez y seis horas, y luego en pos de la muerte la victoria, la bajada triunfal para aterrar los antros del Averno, las aclamaciones de los redimidos, la llegada al cielo con toda la santa falange de los Patriarcas, profetas, santos y justos, desde Adan á San Josef inclusive. Aquel triunfo que habia visto David en éxtasis y pintado con patéticos colores. Jesus Dios y Hombre subiendo del Averno y llegando á los muros diamantinos de la Jerusalem celeste, cuyas puertas de zafiro están todavía cerradas, y donde los Ángeles con flamíferas espadas miran desde las almenas.

¿Qué Cesar romano subió al Capitolio por la Via Sacra con tan poderoso ejército ni tan brillante y esplendorosa comitiva! Allí van muchos Reyes, David, Josafat, Ezequías; allí van Sumos Sacerdotes con un efod mas brillante que el Racional antiguo; allí Moisés, Aaron, Samuel, Zorobabel, los grandes caudillos de los ejércitos del Señor, Josué, Jona-

(1) Los judios le dicen á Pilatos: *Domine, recordati sumus quod seductor ille dixit adhuc vivens post tres dies resurgam.* (San Mateo, cap. XXVII, v. 63.)

(2) A los apóstoles dice de un modo terminante la traicion que le amenazaba, su pasion con todas las circunstancias de irrisión, flagelacion y muerte, y por fin su resurreccion al tercero dia. — *Eccē ascendimus Jerosolymam et Filius hominis tradetur principibus sacerdotum et scribis, et condemnabunt eum morte... et tertia die resurget.* (Id., cap. XX, vers. 18 y 19.)

tás, los Macabeos, y todos ya radiantes de júbilo y de gloria, que á vista de las puertas cerradas gritan á los Ángeles:—«¡Levantad esos rastrillos, Príncipes del cielo, bajad los puentes, que viene aquí el Rey de la Gloria, triunfante del infierno y de todos vuestros enemigos (1).»

¿Ignoraba Jesús este triunfo al angustiarse hasta el punto de que brotara la sangre por los poros de su cuerpo? Ni lo ignoraba ni lo podía olvidar, y ello es que lo padeció y lo sufrió. Y si tal y tanto pasó el Hijo antes de morir, ¿qué extraño es que pasara tal y tanto la Madre despues de muerto este, á pesar de no ignorar la profecía de la Resurrección y no poder olvidarla?

Dios dispone de la memoria de los hombres como de su voluntad sin perjudicar al albedrío. Si la memoria de la muerte estuviera siempre presente al hombre con la viveza con que algunas veces se presenta, ¿quién tendría gusto para nada de la tierra? Mas Dios permite para la propagación del género humano y satisfacción de las necesidades de él, que la memoria de las postrimerías quede por lo comun como embotada y entumecida, pero encargando se medite con frecuencia sobre ellas para despertador saludable del alma y de la conciencia.

El olvido de las palabras de Jesús por parte de los Apóstoles, su incredulidad, su abatimiento en este punto son tan chocantes que apenas se comprenden. No una sino varias veces les había dicho que había de resucitar al tercer día, y con todo ni lo creían ni lo esperaban, y, despues de anunciar la resurrección del Señor, las mujeres todavía no la creen, sino que por el contrario en vez de alegrarse y recordar con júbilo el cumplimiento de lo prometido se echan á temblar. Hay hasta ridiculez en la grosería de los Apóstoles en aquellos momentos, y esta nos demuestra cuán incapaces eran en lo humano, y sin la asistencia especial divina, de hacer lo que despues hicieron.—«Nosotros esperábamos que había de redimir á Israel. Y despues de todo esto estamos hoy en el tercer día despues de su muerte. Y es lo bueno que algunas mujeres de las que estaban con nosotros nos han asustado, pues habiendo ido al sepulcro antes de amanecer, y no habiendo hallado su cuerpo, han venido diciendo que han visto unos ángeles, los cuales dicen que está vivo (2).»

¿Estaba con ellos la Virgen María? Yo creo que no (3). Sobre que el Evangelio no lo dice, hay razones muy poderosas para creer lo contrario. No podía la Madre de Jesús

(1) Salmo 23: *Attollite portas, Principes, vestras...*

(2) *Sed et mulieres quedam ex nostris terruerunt nos.* (San Lucas, cap. XXIV, v. 22.) ¡Cosa rara! El cumplimiento de la profecía que debiera alegrarlos les causa miedo. Tal era su rudeza y tan escasa su fe.

(3) Orsini supone que la Virgen María fué al Calvario con las tres Marías Magdalena, Salomé y Cleofás, y supone tradición sobre esto. «Segun la tradición María se hallaba entre estas santas mujeres.» Pero la tradición supone todo lo contrario.

El haber en el santo sepulcro una capilla que representa la aparición de Jesús á María ha hecho propalar el rumor de que allí apareció á esta. Pero, sin rebatir esa piadosa credulidad, tampoco es fácil de admitir semejante tradición. Creo mas bien que mientras las santas mujeres corrían presurosas hácia el sepulcro, la Madre del Salvador había gozado ya, ó estaba gozando de la presencia gloriosa de su Hijo resucitado.

adolecer de la incredulidad de los Apóstoles y de las santas mujeres. El dolor de María era distinto del de las santas mujeres, reconocía otras causas. El dolor de ellas era mas humano, por decirlo así. Van á ungrir á Jesús porque quieren ver sus restos mortales otra vez, con cariño pero con femenil curiosidad; despedirse de él y dejarle allí para siempre. ¿Puede María dejarse llevar de ese amor humano é imperfecto, con incierta fe, y vacilante esperanza, dadas sus eminentes virtudes, su sólida fe y la grandeza de su alma? Yo creo rebajado su carácter poniendo su amor al lado del amor de la Magdalena y de María Cleofás. El dolor de María es de la clase del que padecen esas almas puras y santas, que, al meditar en la pasión de Jesús y en su dolorosa muerte, agonizan de pena, padecen deliquios y fuertes desmayos, y vierten torrentes de lágrimas, que apenas pueden mitigar su dolor ni las ansias de su corazón dolorido. Preguntad á esas almas puras y benditas por qué lloran si saben que Jesús ha resucitado y que está en los cielos. La respuesta que os den es la respuesta acerca del dolor intenso que padecía la Madre del Salvador, cuando este como buen Hijo vino á visitar á su Madre con su primera aparición, con su primera visita. ¡Amor con amor se paga (1)! No había amor á Jesús, ni lo ha habido, ni lo habrá como el de María. ¿Qué vale el amor de la Magdalena, pecadora arrepentida, con el amor de la Virgen inmaculada y pura, y por añadidura Madre? Y si ese era el amor de la Madre, ¿cuál debía ser el de Jesús, si amor con amor se paga? No puedo ni aun concebir que Jesús dejase de hacer á su Madre la primera visita despues de su resurrección (2), y creo que no habrá madre ni buen hijo que no opinen conmigo.

Sobre todo esto tengo para opinarlo así el testimonio, para mí irrecusable, de Santa Teresa de Jesús, que expresa esta aparición con frases tan sencillas y tan sentidas como ella sola sabía escribirlas, jella tan verídica, ella tan amante, ella tan mujer de bien (3)! Despues de referir los favores celestiales que recibió de Jesús un día en habiendo comulgado, añade:—«Díjome que en resucitando había visto á Nuestra Señora, porque estaba ya en grande necesidad, que la pena la tenía tan traspasada, que aun no tornaba luego en sí para gozar de aquel gozo. Por aquí entendí estotro mi traspasamiento bien diferente. Mas ¿cuál debía ser el de la Virgen? Que había estado mucho con ella porque había sido menester harto consolarla.»

(1) Así dice un antiguo refrán, el cual, por vulgar que sea, no deja de tener mucha expresión.

(2) Augusto Nicolás, escritor tan respetable, niega la aparición de Jesús á su Santísima Madre. Su capítulo es magnífico, (cap. XX) pero no solamente no convence, sino que abate y descorazona. Fundar en la gran fe de María el disfavor de Jesús es fundar en falso: no hay conexión entre esos extremos; y su narración pugna con la tradición. Entre esos raciocinios inconexos del célebre escritor francés y el dicho de Santa Teresa, que asegura la aparición de Jesús á su Madre, la elección no es dudosa: estoy por Santa Teresa.

Además ¿qué necesidad tenía Augusto Nicolás de dar tanta importancia al argumento negativo, de tan escaso valor en la crítica histórica? El Evangelio no habla de aparición de Jesús á María, luego no se apareció á María. Falsa consecuencia. 1.º Porque sabemos que el Evangelio no lo dice todo; y así lo afirma San Juan en su Evangelio. 2.º La Virgen María era reservadísima en sus cosas. 3.º Las apariciones de Jesús á las mujeres y los apóstoles eran necesarias, y necesario el divulgarlas, pero la aparición á su madre Santísima no hacía falta que se propalase.

(3) El célebre P. Bañez, hablando de ella, decía «que la M. Teresa era mujer de bien.»

La frase enérgica y sencilla de Santa Teresa en esta revelacion es digna de estudio: *en resucitando*, equivale á decir luego que resucitó (1). «Que aun no tornaba en sí...», de modo que su desfallecimiento y desmayo eran tales, que estaba casi privada de sentidos: luego ni su cuerpo ni su alma estaban en disposicion de ir al sepulcro con las santas mujeres, á las que vulgarmente se suele llamar *las tres Marías*. «Que habia estado mucho con ella:» así se comprende en el gran cariño del Hijo á la Madre y de la Madre al Hijo, y añade la razon de que para reponer sus fuerzas físicas y morales profundamente abatidas y desfallecidas «habia sido menester harto consolarla.» Creo que despues de llamar la atencion sobre esta revelacion de Santa Teresa de Jesus, cuyo testimonio es hoy acatadísimo en la Iglesia, cuya veracidad nadie duda (2) como tampoco de la autenticidad de sus escritos y revelaciones, no habrá ningun católico que dude ya de la aparicion de Jesus á su Santa Madre en el cenáculo, y haciéndole su primera aparicion en el retiro de su aposento, y al punto de su Resurreccion.

María permaneció en Jerusalem, con las santas mujeres, segun la opinion mas corriente, aunque los Apóstoles regresaron á Galilea. ¿A qué habia de ir á Nazareth, donde sus compatriotas habian querido tambien asesinar á su hijo? Allí en Betania estaban las santas hermanas Marta y María: la Señora del castillo de Magdalo era rica y tendria á mucho gusto y á mucha honra mantener á la Madre de su Salvador, en los tenues gastos de su parca y austera, mas que modesta vida. Ni sus manos acostumbradas al trabajo estarian ociosas, que la santa meditacion se compadece bien con la santa laboriosidad.

Juan, el discípulo amado de Jesus, el nuevo hijo de María, sustituido por aquel, pescaba á orillas del lago de Tiberiades con San Pedro y otros nueve Apóstoles: él mismo lo refiere (3). La prudencia lo aconsejaba así por entonces hasta que trascurrido mas de un mes se hubiera calmado la rabia de los perseguidores y olvidado algun tanto la memoria del crimen por estos perpetrado. Pero los Apóstoles y los discípulos y las santas mujeres vuelven á congregarse en la casa donde habian celebrado la Pascua con Jesus, y que por tener un gran comedor, ó cenáculo, designaban con este nombre de *cenáculo* retóricamente. De allí los sacó hácia Betania y al monte Olivete (4) testigo de su dolorosa y cruenta agonía cuarenta dias antes. Que María estaba en Jerusalem con los discípulos lo acredita el hecho de hallarla con ellos en el cenáculo algun tiempo despues, cuando el Espíritu

(1) San Ambrosio, Padre del siglo IV, y uno de los cuatro *grandes doctores* de la Iglesia, supone tambien que Jesus, no solamente se apareció á su Madre, sino que fué la primera á quien se apareció.

Lo mismo consigna Sedulio en su poema y lo citan los escritores como general opinion entre los cristianos. (Orsini, vida de la Virgen, notas al libro 17.)

(2) En la edicion de las obras de Santa Teresa de Jesus por Rivadeneira, t. I, pág. 156, col. 2.ª, donde se inserta esta revelacion y se dice su procedencia, se imprimió erradamente *hasta por harto*.

(3) Evangelio de San Juan, cap. XXI, v. 7.

(4) El Evangelio de San Lucas, cap. XXIV y último, v. 50, dice: *Eduxit autem eos foras in Bethaniam.*

En los Hechos de los Apóstoles, cap. I, v. 12, cuenta mas detalladamente la Ascension y el regreso del monte Olivete.— *Tunc reversi sunt Hierosolymam à monte qui dicitur Oliveti.*



La frase energética y sencilla de Santa Teresa en sus escritos es digna de estudio: *en resucitando*, equivale á decir luego que resucitó... en sí...» de modo que su desfallecimiento y desmayo eran tales que para ser revivida de sentidos: luego ni su cuerpo ni su alma estaban en disposición de ser revividos con las santas mujeres, á las que vulgarmente se suele llamar *las santas mujeres* que habiendo estado mucho con ella: así se comprende en el gran cántico del Ezequiel... de la Madre al Hijo, y añade la razón de que para resucitar sus fuerzas debían estar ya probablemente abatidas y desfallecidas... hasta tal punto que no podían ser revividas de llamar la atención sobre esta... de Santa Teresa de... de los acatadísimo en la Iglesia... de su escritos y revelaciones... de su Santa Madre... y haciéndose en... y al punto de...

Maria permaneció en Jerusalén con las santas mujeres aunque los ángeles la llevaron á Galilea. ¿A qué? Los santos patriotas... habrían querido... asesinar á su... hermanos... de la torre del castillo... gusto y á modo... á la Madre de... padre y... Ni sus... oídas, que la santa... se compadece...

Juan, el discípulo amado de Jesús, el nuevo... caba á orillas del lago de Tiberíades con San Pedro... refiere (3). Los... se hubieran... de los perseguidos... del crítica por... Pero los Apóst... donde habían... designaban... y al monte... María estaba... el hecho de... el renáculo...

(1) San Ambrosio, *Sermones*, y con de los...  
 (2) In...  
 (3) *Evangelio*...  
 (4) El *Evangelio*...  
 En los *Hechos de los Apóstoles*, cap. I, v. 12, cuenta...  
*Tim. rever. mag. J. Rodríguez*...



M. Puyobas. lit.

ASCENSION DE JESUS A VISTA DE MARIA Y LOS DISCIPULOS

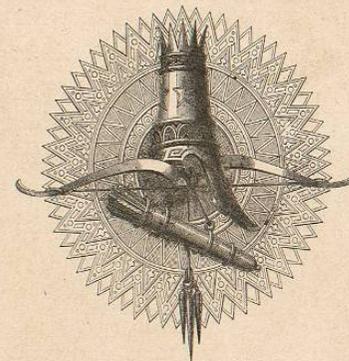
Lit. Luchetti. Museo. B.

Santo vino sobre los Apóstoles. Que asistiera á la Ascension de su Hijo Jesus al cielo desde el monte Olivete no lo dice la sagrada página. Pero ¿puede dudarse? ¿No habia de ser testigo de su Ascension al cielo la que habia sido testigo de su dolorosa y horrible elevacion en la Cruz? Y aun así, este triunfo glorioso de la Humanidad santísima y visible de su Hijo ¿no era para ella un nuevo dolor, pues no volveria á verla en la tierra (1)? Cuando el piadoso vate español, Fray Luis de Leon, pone en boca de los Apóstoles aquellas doloridas frases:

¡Y dejas Pastor Santo  
tu grey en este valle hondo, oscuro...  
de soledad y llanto...!

¿cuánto mas sentidas y tiernas pudiera ponerlas en boca de la Santa Madre del Salvador? ¿Y dejas, Hijo mio querido, á tu pobre, viuda y desamparada Madre en este valle de profunda miseria, donde ya para mí no habrá mas que oscuridad y llanto, pues me falta la luz de tu mirada, que alumbró siempre á mis ojos? ¡Oh, era demasiado grande mi dicha para que pudiese durar! La que antes era bienhadada, la que el Angel llamó llena de gracia y favorecida con la estancia del Señor en ella, ahora se halla triste y afligida, tanto mas afligida y triste cuanto mayor es la pérdida que sufre, pues si lloran y quedan mustios y abatidos los Apóstoles y discípulos criados á los pechos de su santa caridad y santa doctrina, ¿cuánto mas lloraré yo que te crié á mis pechos por destinacion del Altísimo?

(1) Esto es, en la forma corporal y materialmente visible que antes de su muerte.  
Santa Teresa en el pasaje de la revelacion citada dice estas palabras muy notables. — «En algunas cosas que me dijo entendí, que despues que subió á los cielos, nunca bajó á la tierra, sino es en el Santísimo Sacramento, á comunicarse con nadie.»



## CAPITULO XXIX

LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO: MARÍA EN LA IGLESIA, COMO ORÁCULO  
DEL EVANGELIO

**C**on el regreso de los Apóstoles desde el monte Olivete va unida la noticia de su estancia en el cenáculo en unión con las santas mujeres, y entre estas indudablemente y como punto de fe la estancia en Jerusalem, en el cenáculo y con los Apóstoles de la Santa Madre de Jesus. Por esta vez no hay que refutar el débil argumento negativo fundado en el silencio de la Escritura Santa.

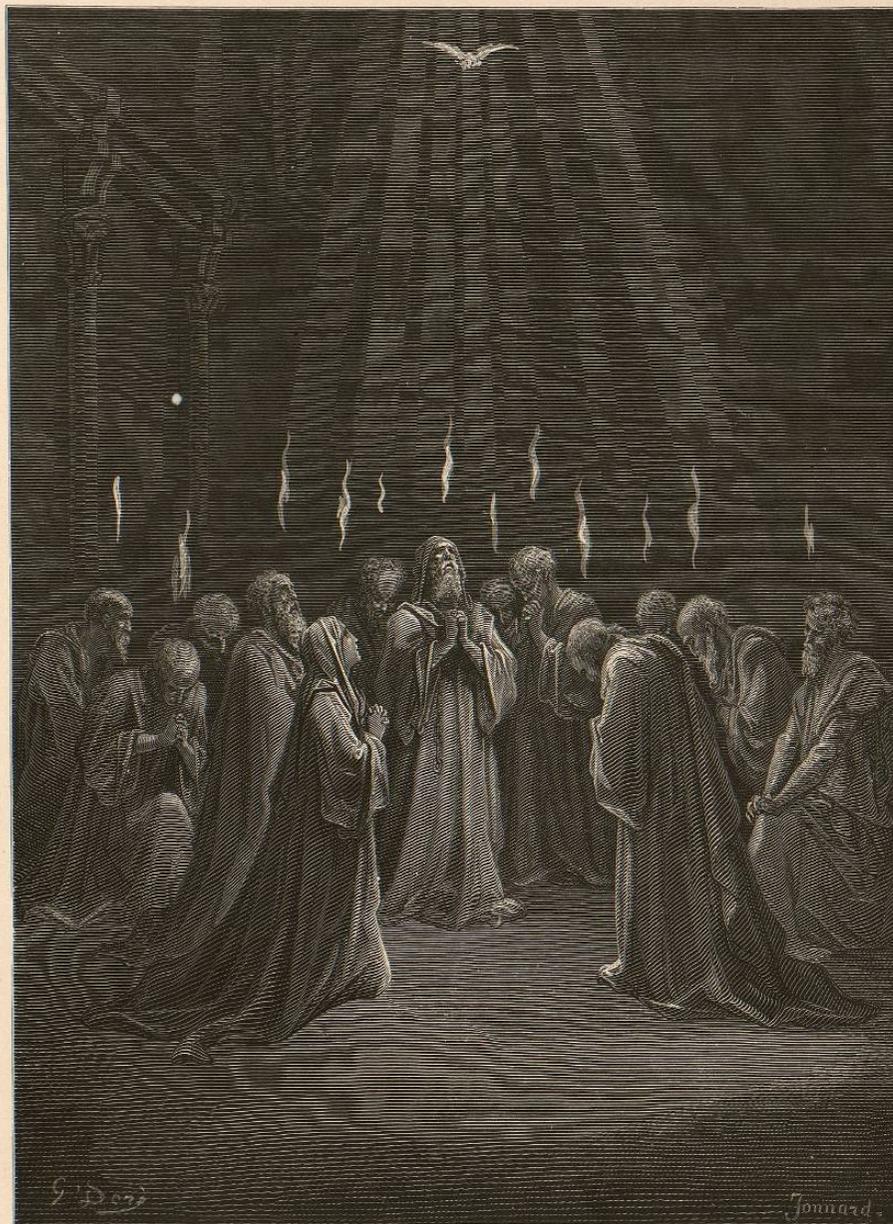
Esta, por el contrario, nos presenta á la Santa Madre de Jesus orando en el cenáculo con los Apóstoles y las santas mujeres. «Volvieron á Jerusalem desde el monte llamado Olivete, que dista de aquella ciudad los mil pasos que se pueden andar el sábado. Y habiendo entrado en el cenáculo subieron al paraje donde solian estar Pedro y Juan, Diego y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Jacobo de Alfeo, Simon el celador y Judas de Diego. Todos estos estaban allí perseverantes de consuno en la oracion, juntamente con las santas mujeres, y María la Madre de Jesus y sus parientes (1).»

Así reunidos y en santa oracion esperaban la venida del Paraclito ó consolador, que les habia ofrecido enviarles, y cumplian el mandamiento de no marcharse de allí, sino esperar la venida del Espíritu Santo que tendria lugar dentro de pocos dias.

La tradicion representa siempre á la Virgen María, lo mismo en pinturas que en discursos evangélicos, presidiendo á los Apóstoles y demás fieles, colocada en medio de ellos en el momento de venir el Espíritu Santo en forma de fuego y precedido del fragor de un viento huracanado.

Aunque el Evangelio no lo hubiera dicho podíamos muy bien conjeturar que la Virgen María estuviera con los Apóstoles al tiempo de la venida del Espíritu Santo; pero vale mas que conste y que lo sepamos de un modo fijo é indudable. De aquí inferimos tambien su ulterior presencia al lado de los Apóstoles, su asistencia especial en medio de la Iglesia naciente y la asistencia especial de un Apóstol, el predilecto de Jesus, el jóven Juan su

(1) Cap. I de los Hechos de los Apóstoles por San Lucas.



LA PENTECÓSTES

pariente, para el cuidado especial de su Santa Tía, convertida en Madre. La tradición supone á San Juan desempeñando este santo ministerio y dándole diariamente la comunión eucarística, único consuelo de su alma amante y pura. Si las almas santas que diariamente se acercan á la sagrada Mesa no pueden pasar sin el pan de vida, y padecen mortales ansias cuando se les priva de él, ¿qué sucedería á la Santa Madre del Salvador? ¿Ha tenido ninguna de ellas á Jesus el cariño santo, puro y ardiente de María? ¿Ha tenido ninguna de ellas la pureza y las virtudes de la Vírgen sin mancilla? Pues ¿cómo podría esta dejar de recibir diariamente el cuerpo y sangre de su Hijo, renovando en sí el suceso mas grande de su vida y el acontecimiento mas glorioso é importante para el género humano, el de la Encarnacion?

Pero despues de esas palabras de San Lucas, últimas que la revelacion nos dice acerca de María, esta vuelve á quedar sumergida en la profunda oscuridad de su vida, no tanto privada cuanto escondida, oscuridad bendita, que era su anhelo y su delicia; la oscuridad santa en el templo, en Nazareth, en Egipto y en el taller de su esposo; oscuridad santa á que han aspirado y aspiran siempre las almas puras, que como ella viven sumergidas en las luces celestiales de la gracia y el amor divino, y alejadas de los placeres y consuelos de la tierra que les dan hastío.

Pero este ascetismo sublime no es indolente ni egoista, hace el bien sin sentir que lo hace, y como el nardo, planta pequeña pero de suave y penetrante aroma, deja sentir su fragancia al visitar el Rey de los Reyes el aposento de la Vírgen (1).

María en la Iglesia es la Evangelista de los Evangelistas. ¿De dónde sabe San Juan algunos de los altos misterios que en lo relativo á Jesus explica como el primer teólogo de la Iglesia? ¿De dónde sabe San Lucas lo que narra como primer historiador de ella, y sobre todo los tiernos y sublimes pormenores acerca de la Encarnacion? María era la única persona que podia decirlos, y que de hecho debió decirlos, sin perjuicio de la reconocida é innegable inspiracion del Espíritu Santo.

Cuatro son los Evangelistas que reconoce la Iglesia como tales: San Mateo narra lo que ha visto como testigo presencial, como uno de los Apóstoles escogidos; San Marcos es compendiador de San Mateo, y habla tambien como testigo presencial de muchas cosas. Pero San Lucas que narra con especialidad todo lo que se refiere á la Vírgen Madre, ¿de dónde podia saber lo que habia sucedido en el acto de la Encarnacion del Verbo, y el diálogo entre María y el Arcángel, si aquella no lo hubiera referido en honor de este? Con razon, pues, llama nuestro gran padre y compatriota San Ildefonso á la Vírgen María «la *Evangelista de Dios*, bajo cuya direccion fué educado el infante Dios (2).»

Y no se diga que la inspiracion divina y la superior enseñanza de la revelacion directa

(1) *Dum esset Rex in acubitu suo, nardus meus dedit odorem suavitatis.*

La Santa Iglesia aplica á la Santísima Virgen estas palabras de altísima significacion mística en su oficio parvo.

(2) San Ildefonso arzobispo de Toledo, en su sermón sobre la Asuncion.

del Espíritu Santo excluye los medios humanos, y la tradicion humana, aunque sea la de la Virgen. Esto no es cierto; no está en la economía divina, que si obra hácia el fin con energía, lo dispone todo suavemente, y aun al obrar á lo divino no excluye el medio humano. Por boca de Isaías habla á lo cortesano y erudito, por boca de Baruch habla á lo pastor y rudo, y con todo, en uno y otro caso es el Espíritu Santo el que habla, á la manera que el viento que sale por las trompas de un órgano suena agudo ó grave segun el cañon por donde sale, siendo igual el aire en el uno que en el otro. Los mismos Apóstoles, y sobre todo San Pedro y San Juan, testifican siempre lo que han visto. Os anunciamos la palabra de vida que hemos visto por nuestros ojos y tocado con nuestras manos. ¿Qué extraño es si el mismo Jesucristo les habia dicho que habian de ser testigos suyos en lo que habian visto (1). Pero San Lucas no habla como testigo presencial sino de referencia y de escrupulosa investigacion humana. Expresa que cuando él escribia habian escrito ya otros muchos, pero con todo, añade:—«Me ha parecido tambien á mí escribírtelas por su orden, ó bien, Teófilo, tal como pasaron desde el principio hasta el fin, despues de haberme informado escrupulosamente (2).» ¿Quién le habia contado á San Lucas ni le podia contar el misterioso acontecimiento de la Anunciacion? Y los Apóstoles mismos, incluso San Juan, ¿qué sabian acerca de los primeros treinta años de la vida de Jesus? Ellos podian hablar de los tres años últimos de la vida del Salvador, pero nada de aquellos que solo eran conocidos de María, pues San José habia muerto.

Oportunamente dice á este propósito Augusto Nicolás: «Claramente se ve que es la Santísima Virgen María Madre de Jesus á la que el historiador sagrado nos muestra en el cenáculo, en union con los Apóstoles perseverando en la oracion, mencion tanto mas expresiva, cuanto que el que lo dice es San Lucas, el cual quiere expresar de este modo que ese testimonio proviene de María, de la cual nos dice en su Evangelio, hablando de la niñez de Jesus, que conservaba en su corazon todas las cosas relativas á Este. San Anselmo no duda de ello, llegando á decir (3):—«Aunque descendió el Espíritu Santo sobre los Apóstoles, muchos grandes misterios se les revelaron por medio de María.»

»Dios que segun hemos dicho aprovecha para sus altos fines cuanto bueno existe en los medios humanos, que empleaba el testimonio de los Apóstoles despues de haberlo depurado de su nativa rudeza, no hubiera suprimido seguramente el testimonio de la mas santa de las criaturas, la mejor informada y la mas fiel.»

Cita en seguida el testimonio de uno de los mas antiguos expositores, el Abad Rupert, que llega á decir: «Tu voz, ¡oh María! fué para los Apóstoles la voz del Espíritu

(1) San Juan, cap. XV, vers. 27. En el cap. I de su epistola 1.ª comienza San Juan diciendo lo mismo y en el vers. 3.º añade: *Quod vidimus et audivimus annuntiamus vobis.*

(2) Comienza San Lucas su Evangelio diciendo: «Por cuanto muchos han intentado coordinar la narracion de las cosas que entre nosotros han ocurrido, segun la tradicion que nos han dejado (*sicut tradiderunt nobis*) los que fueron desde el principio ministros ó encargados de llevar la palabra.»

(3) Libro de excel. Vírge.

Santo, pues que de tu segura religiosa boca escucharon todo lo que era necesario suplir ó atestiguar en confirmacion de aquellos sentidos de cada uno que del Espíritu Santo mismo habian aprendido (1).

En los veintitres años que María vivió sobre la tierra despues de la muerte de su Hijo alcanzó á ver cumplidas algunas de las profecías, y tambien el principio de las guerras que asolaron á la Palestina y con ellas el castigo providencial de la ciudad y de la gente Deicida y maldita.

La ruina de Jerusalem y el castigo de los Judíos habian sido profetizados por Jesus á los cristianos, y no sin amargas lágrimas, advirtiéndoles que con tiempo huyesen, como lo hicieron. De aquí la necesaria dispersion de los Apóstoles para predicar el Evangelio por varias regiones, siquiera Dios les librara del dolor de ver la ruina de su país y mas adelante los horrores del sitio de Jerusalem. La tradicion oriental supone que María pasó á Éfeso (2). La particular de nuestra Iglesia española añade á esto la despedida especial de Santiago y la venida de Ella á Zaragoza, visitándole á orillas del Ebro durante una noche. Pero esto segundo pertenece á la historia particular de las relaciones de María con nuestra Iglesia y el culto especial de aquella en nuestra patria.

(1) *Rupertus*, libro 1.º in Cantic.

(2) Esta tradicion se tiene por muy dudosa y por invencion de los griegos, muy aficionados á contar siempre maravillas de su tierra: ya san Jerónimo hablaba de las fabulillas griegas.

Si la ruina de Jerusalem no ocurrió hasta quince años despues de muerta la Virgen María, no pudo ser este bastante motivo para que aquella saliera de Jerusalem.

